

## El suicidio en la literatura contemporánea

Parecía que solamente cabían dos posturas tradicionales frente al suicidio considerado como problema: un firme repudio o una apologética. La no aceptación es una constante histórica de sociedades y religiones, cuyo argumento, basado en el derecho de propiedad, se expone, por primera vez, en el Fedón platónico (1), donde se nos dice que no debemos quitarnos la vida porque “los dioses son quienes se cuidan de nosotros, y que nosotros, los hombres, somos una de sus posesiones”.

Según E. Caro (2) son los cirenaicos quienes hacen la primera apología regular y doctrinal del suicidio, según consta en los fragmentos conservados de Hegesias el “Pisithanata”—el que aconseja la muerte—. Los estoicos también aceptan el suicidio. Séneca pone en la boca del mismo dios, su defensa, al hacerle decir: “Procuré ante todo al forjaros que nadie os retuviera en este mundo a pesar nuestro; está anchurosamente abierta la salida. Si no queréis luchar, nada ni nadie os impide el huir” (3).

El problema límite del suicidio estaba en suspenso con la solución dicotómica afirmación-negación. Lo mismo podría decirse de su consideración moral-caracterológica, con el valor valentía y el disvalor cobardía, aunque en este sentido se llegó al eclecticismo de que el suicidio implica una cobardía ante la vida y una valentía ante la muerte.

Lo que nunca se había pensado, el realísimo “tertium non datur”, es que el suicidio pudiese ser indiferente para la existencia del hombre, algo que, de ninguna manera, fuese solución al problema del hombre sobre la vida. Es decir, el suicidio como adiaforia pura, total y permanente. Consideración que se está dando, extrañamente y con demasiada coincidencia, en la literatura y psicología contemporánea.

---

(1) PLATÓN. “Fedón”. 62, b.

(2) “Suicidio y Civilización”. Editorial Española Moderna. Pág. 33 y siguientes.

(3) JUAN FRANCISCO YELA. “Séneca”. Editorial Labor, 1947. Página 140.

*JEAN PAUL SARTRE*

Antoine Roquentín sufre, debajo de un castaño, una revelación existencial. Es curioso que Sartre utilice, una vez más, el símbolo arbóreo de la revelación (recuérdese a San Agustín y a Newton). Esta es la de una naturaleza excedida, "de trop", acompañada de una carencia de necesidad y también de una potencia de proliferación indefinida (4). Todo ésto le produce náuseas, asco, a Roquentín. Ya había dicho Kant que el hombre se angustia cuando conoce su capacidad de lascivia y superabundancia. Naturalmente, a Roquentín le viene la idea de que él también está de más, "et moi-moi aussi j'étais de trop". Y se le ocurre la sotriología del suicidio: "Je rêvais vaguement de me supprimer, pour anéantir au moins une de ces existences superflues. Mais ma mort même eût été de trop. De trop, mon cadavre, mon sang sur ces cailloux, entre ces plantes, au fond de ce jardin souriant... j'étais de trop pour lá éternité" (5). Es patente la contradicción de Sartre con lo que había dicho anteriormente en el mismo libro, "La Nausée": "J'existe par ce que je pense... et je ne peux pas m'empêcher de penser". O sea, que todo el problema existencia-náusea se resuelve si se deja de pensar. La parálisis del pensamiento se consigue fácilmente por la muerte aguardada o natural y por la muerte anticipada (suicidio).

*ALBERT CAMUS*

Camus, en su "Myte de Sisyphe", se plantea, ab initio, el fundamental problema filosófico: "Juzgar si la vida vale o no la pena de ser vivida es responder a la cuestión fundamental de la filosofía" (6). El proyecto es ambicioso, pero en seguida defrauda, ya que utiliza el mismo escamoteo sartriano sobre el suicidio, a pesar de que intenta utilizar una "logique jusqu'à la mort", que le descubre el "absurdo", magnífica y analíticamente descrito. Pero el absurdo no está en el hombre, ni en el mundo, sino en su presencia común (7). No puede haber absurdo fuera del espíritu humano, pero termina, como todas las cosas, con la muerte. Camus, hasta aquí, ve las cosas más claramente que Sartre. Pero, para él, la lógica impera, y el suicidio no sirve para resolver el problema del absurdo: "Si je me mêle d'apporter à un problème sa solution, il ne faut pas du moins que j'escamote par cette solution même un des termes du problème". Por lo tanto, no necesitamos del suicidio para quedarnos con el absurdo y al mismo tiempo inventar un nuevo tipo de hombre: el santo laico. (En "La Peste" Tarrou pregunta: ¿Se puede ser santo sin Dios?

(4) REGIS JOLIVET. "Las doctrinas existencialistas". Editorial Gredos. Madrid, 1950. Página 143.

(5) J. P. SARTRE. "La Nausée". Gallimard, 1958. Pag. 163.

(6) A. CAMUS. "Le Mythe de Sisyphe". Gallimard, 1942. Pág. 15.

(7) Id. Pág. 48.

Es el único problema que me preocupa.) Para Sartre y Camus, el suicidio no es ninguna solución para la vida.

Esta contradicción la reconoce Albert de Luppé (8): "Pero Camus rechaza el suicidio. La vida no tiene sentido, y sin embargo es necesario vivir: esta contradicción hará resaltar la respuesta propia de Camus y pone ya el acento sobre su heroísmo".

### SAMUEL BECKETT

En la obra dramática de Beckett, "Esperando a Godot" (9), entre la muchedumbre de cosas que hacen los agonistas Estragón y Vladimiro para esperar a Godot, está una expectativa de suicidio. En los dos actos Estragón pregunta: "¿Y si nos ahorcásemos?" En ambas ocasiones la ejecución no prospera porque fallan los útiles o instrumentos de la cueлга; una vez es la debilidad de la única rama de árbol y otra la de una cuerda. Por lo menos tienen una explicación "manual" para no darse muerte. Después del fracaso concluyen: "No hagamos nada. Es más prudente". "No vale la pena".

Hay que anotar que en Beckett la idea del suicidio no es más que uno de tantos entretenimientos de la espera y que en él el suicidio, como acto indiferentemente solitario, está aminorado por la imposibilidad física de llevar a buen fin el último acto humano. Aunque le interesó subrayar el acto pasivo de esperar, bien pudo permitirse suicidar a sus personajes al final del último acto de la obra. Se dió cuenta, sin embargo, de que el suicidio era el fin de la esperanza.

### VIKTOR E. FRANKL

El creador de la logoterapia, de una psicoterapia "que arranca de lo espiritual (10), que superando las parcialidades del psicoanálisis y de la psicología individual" y que trata al hombre "como un ser-consciente y un ser-responsable", rechaza también el suicidio como solución al problema del sentido de la vida: "Hemos hablado de libertad del hombre para asumir una responsabilidad. El hombre, por tanto, no puede sustraerse a su responsabilidad ni mediante la más radical de las evasiones de las responsabilidades de su vida, que es la evasión de su vida, el suicidio. Este acto (dando por supuesto, naturalmente, que quien lo ejecuta esté en su sano juicio) lo realiza el hombre en uso de su libertad. No se desembara de aquello que huye, ni lo deja en paz, se sustrae a la responsabilidad que sobre él pesa. Y no encuentra tampoco lo que buscaba: la solución a un problema. A quien muestre intenciones

(8) ALBERT DE LUPPÉ. "Albert Camus", Buenos Aires, 1952.

(9) SAMUEL BECKETT. "Esperando a Godot". Revista *Primer Acto*. Madrid. Abril de 1957.

(10) V. E. FRANKL. "Psicoanálisis y Existencialismo". Fondo de Cultura Económica. México, 1950.

de suicidarse hay que hacerle ver, sobre todo, una y otra vez, que el suicidio no resuelve problema alguno. Hay que hacerle comprender que el suicida se parece mucho al jugador de ajedrez que, obligado a enfrentarse con un problema demasiado difícil, que a él le parece, derriba las figuras sobre el tablero. Claro está que con ello no resuelve el problema que tiene delante. Tampoco en la vida se resuelve ningún problema echando la vida por la borda. Del mismo modo que ese jugador de ajedrez no se atiene a las reglas del juego, el hombre que se suicida infringe las reglas del juego de la vida" (11).

El ejemplo encierra una lógica falsa; un jugador de ajedrez no puede derribar las figuras, porque es ante todo ajedrecista; pero a quien le aburre el juego, desde luego se libera arrojando las figuras.

Lo normal es que un psicólogo profesional rechace el suicidio; es su oficio. No puede, como Lenormand, aconsejar el robo como terapia de un caso especial.

Frankl sigue el principio de que la vida humana tiene siempre sentido, aun en el acto más minúsculo, extraño y contra-sensu; el hombre puede, según él, realizar un valor de actitud. Un valor de consolación, como si dijéramos.

Un psicólogo es siempre un misionero, sobre todo en el caso de Frankl, cuya base es siempre una ideología dogmática; la vida tiene sentido. Aunque su idea del suicidio coincida literalmente con la de los escritores citados anteriormente, nos deja perplejos, después de la queja sincera de un psicólogo, en "Les Mandarins", de Simone de Beauvoir (12). "Et même si je réussis à neutraliser leur passé, quel avenir-je à leur offrir? J'estompe les peurs, je lime les rêves, je rogne les désirs, j'adapte, j'adapte, mais à quoi les adapterai-je?" Tampoco debemos olvidar que, según Keyserling, todo intento de conversión trata, psicológicamente, de imponer la propia voluntad.

\* \* \*

No tengo nada que objetar a las prohibiciones sociales, religiosas y legales del suicidio. Me parecen justas y a veces eficaces para evitarlo, cuando se convierte, con más frecuencia de lo que nos parece, en epidemias. Burckhardt cita el caso de las muchachas milesias que abandonaron su pathos suicida por temor a que su cuerpo, desnudo, lo paseasen a lomos de un asno por las calles de la ciudad.

Todo es extraño acerca del suicidio. En nuestra vida cotidiana siempre el suicida nos resulta acusador y macabro. Pero hubo épocas históricas en las que se sintió la necesidad de regular legalmente el suicidio. "En nuestra ciudad de Marsella se preparaba veneno guardado con cuta, a expensas del erario, para aquellos que querían apresurar el fin

(11) Id. Pág. 75.

(12) SIMONE DE BEAUVOIR. "Les Mandarins". Gallimard, 1954. Pág. 30.

de sus días. Para que el suicida pudiera realizar su propósito era indispensable que los seiscientos que formaban el Senado de la ciudad aprobaran las razones que le obligaban a quitarse la vida; sin licencia del magistrado y sin motivos legítimos, no era permitido darse muerte (13).

Pero lo más extravagante de las consideraciones en torno al suicidio es la que se da en la literatura, que podríamos llamar de "climax" existencialista. Por primera vez en la historia del pensamiento una doctrina piensa en el suicidio como indiferente al hombre, negando su máxima inquebrantable de que el hombre es un ser para la muerte y que está forzado a ser libre, olvidándose que del doble juego del fatum tanático y la libertad, resulta la posibilidad de anticipar el hecho: morir voluntariamente. No es indiferente ganarle al tiempo por la mano. Góngora termina su poema a una rosa diciendo: "Dilata tu nacer para la vida, que anticipas tu ser para tu muerte"; es decir, retrasar el nacimiento para no anticipar la muerte. Demorar el hado. Pero la literatura contemporánea, al negar un valor significativo y positivo al suicidio, no hace más que propaganda de dilatación de una vida, que paradójicamente estima absurda, nauseabunda o lenta y estúpidamente consumida en entretenimientos de espera.

Yo encuentro cierto "sprit de finesse" o "mano izquierda" sobre la vida y la muerte, en una de las definiciones estoicas del suicidio: *ἐὐλογον ἔξαγωγήν* "salida razonable". Sin dogma, ni fe, parece imbécil enchiquetarse en una vida que no se desea demasiado.

\* \* \*

Quizá el motivo *inconsciente o inconfesado* de Sartre, Camus y Beckett, ya que no Frankl, para considerar el suicidio como indiferente, desde una perspectiva que pretende ser metafísica, sea el de estar impregnados de una de las virtudes teologales más mixtificadas históricamente: la esperanza.

Laín Entralgo, recientemente, ha definido al hombre como "una realidad esperante". Probablemente la futurición, estar siempre volcado hacia el futuro, etc —tema esencial en las filosofías de actualidad— es una laicización de la idea antigua y religiosa de la esperanza.

Juan David García Bacca (14) es quien ha revelado el auténtico y primigenio sentido de la esperanza, partiendo de un aforismo del viejo Heráclito: "Si no esperáis, no daréis con lo inesperado; que no hay métodos para hallar lo inesperado, ni caminos que hasta él lleven". "La esperanza es precisamente de lo inesperado, de lo improbable, de lo incalculable". Continúa Bacca, esta vez con voz propia: "En la Teología cristiana, entre las virtudes teologales, se contaba la Esperanza. En aquellos tiempos y por lo que ahora podemos conjeturar a través de cierta clase

(13) MONTAIGNE. "Ensayos". Editorial Garnier. París. Tomo I. Pág. 308.

(14) "Obras Completas de Platón". Univer-

sidad Nacional Autónoma de México, 1944. Introducción sentimental a la Apología de Sócrates. a-VI y siguientes.

de fósiles y huellas de la pasada grandeza vital, la Esperanza estuvo a la altura de lo Esperado, pues todo era inesperado, radicalmente contingente, gracia, don, regalo, merced de un Absoluto personal, más personal, independiente y señero que todos los señores absolutos que después se han inventado, cuando la Esperanza se amansó y sucedió el reinado del "aguardamiento sistemático y racional".

En definitiva y continuando con Bacca, frente al futuro pueden darse tres grados de tensión: esperar, aguardar y aguantar. Para mi propósito no interesa el aguardar, sustitutivo del esperar a partir del Renacimiento. Ni el aguantar. Porque no es frecuente un neo Cleombrotos de Ambracios que se suicide por no poder frenar las ganas de saber del destino humano post-mortem, aunque sea Cleombrotos el paradigma clásico de anticipación por el suicidio. La realidad-radical, como suele decirse, es que el hombre es, constitutivamente, esperante de lo inesperado (gráficamente se llama a los suicidas des-esperados), aunque lo in-esperado posee una cierta dosis, no vista por Bacca, de "aguardamiento", ya que el hombre espera siempre lo mejor, que le beneficie, que le sorprenda agradablemente. No podría existir la Esperanza si nos prefigurásemos lo in-esperado como terror, miedo y angustia. Por eso nuestra magnífica capacidad de olvido, al infierno a zonas religiosas e impresionantes, prescindiendo, desde muy antiguo, la mentalidad social de sus posibles categorías baccianas, de esperado o guardado.

\* \* \*

El final de "La Nausée" es lo peor de la literatura sartriana. Ideológicamente inconsecuente con la estructura anterior de la novela. Podría definirse el libro como una novela negra con un final de novela rosa. El enfermo crónico de náuseas, Roquentín, termina dándose de bruces con lo inesperado. Una canción, interpretada por una negra, "Some of these days", al emocionarlo, le confiere un mínimo de sentido a toda su existencia: producir algo que pueda llegar a ser un eco en otra persona. La antigua "vanitas" o fama literaria. La felicidad consiste en llegar a ser un ente de ficción: "Et pourtant personne ne pourrait penser à moi comme je pense à eux, avec cette douceur. Personne pas même Anny. Ils sont un peu pour moi: comme des morts, un peu comme des héros de roman; il se son lavés du péché d'exister. Pas complètement, bien sûr-mais tout autant qu'un homme peut faire. Cette idée me bouleverse tout d'un coup, parce que je n'espérais même plus ça." (15). Lo inesperado, en este caso "inter vivos", que da cierto sentido banal a la existencia, demuestra que el hombre sartriano siempre espera. No creo necesaria la enumeración de citas. El argumento en sensu contrario se ofrece en "Huis-clos". Donde se representa un infierno substancialmente dantesco, al abandonar toda esperanza, y consistente en una repetición de actos fastidiosos, "por toujours", y con eternidad, al decir la última frase: "et bien, continuons".

(15) *Op. cit.* Pág. 221.

A Albert Camus, en apariencia, le trae sin cuidado la Esperanza. El absurdo "suppose l'absence total d'espoir (qui n' a rien à voir avec le désespoir)" (16). No sabemos a qué tipo de esperanza se refiere, aunque es fácil suponer que está pensando en eludir la consolación por un aguardamiento tradicional, una religión o ideología. Pero el extranjero, uno de sus personajes, dice: "Yo me dejaba siempre llevar por lo que iba a suceder, por el hoy o por el mañana". Creo que no se trata, en rigor, de un entregarse al hado, ni de un esteticismo presentista, sino de un cuasi-auténtico esperar. En nuestro refranero encontramos expresiones afines: "dar tiempo al tiempo", "estar al paio", "esperar al mañana", etc... en los que la voluntad se mezcla con la absoluta esperanza.

\* \* \*

Sociológicamente la rehusa teórica del suicidio es un síntoma de la vitalidad de nuestras generaciones y podría considerarse como una de las más fuertes reacciones antirrománticas, ya que todavía no estamos verdaderamente depurados del romanticismo. Aunque algún escritor (Norberto Bobbio) considere al existencialismo como hijuela ideológica del romanticismo, en lo que concierne al suicidio, son tendencias completamente dispares.

La negativa del suicidio lleva implícita una verdadera lucha por la vida, fundada, por lo menos inconscientemente, en la Esperanza, en la literatura de clima existencialista. Por el contrario, el romanticismo es un movimiento de evasión que se proyecta siempre en el pasado. En él la Esperanza no tiene lugar. Alenza, en su sátira pictórica, nos confirma el consuetudinarismo del suicidio (Sátira del Romanticismo). E. Caro (17) cita una estadística impresionante de suicidios en Francia: 300.000 desde principios de siglo hasta el año 1850. ¿Puede hablarse de suicidas existencialistas, por el contrario?

Tampoco el tremebundo suicidio cósmico de Hartmann está lejos de realizarse, por lo que hemos observado hasta ahora de la literatura actual, porque aunque existen medios científicos de destrucción total del planeta —una de sus premisas— falta la voluntad cósmica de anonadarse. Responden, en contrario, no solamente la tendencia doctrinal comentada, sino las muy comprobadas y biológicas y culturales ganas que tiene nuestro hombre de seguir viviendo.

JOSE LUIS LOPEZ CABANALE

(16) *Op. cit.* Pág. 50.

(17) E. CARO. "El pesimismo en el si-

glo XX". Editorial España Moderna. Madrid. Págs. 200 y siguientes.